



Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

Entre el instinto y el deseo: las mujeres y las maternidades.

Modalidad de presentación: Ensayo
Autor: Pettinari, Candela
DNI: 42.481.233
Legajo: P- 5759/2
Docente responsable: Ps. Facciuto, Silvana

2024

Agradecimientos

A mi mamá y hermano, pilares fundamentales para transitar este camino. Gracias

por el apoyo y por creer siempre en mí.

A mi papá, por estar presente en mí todos los días. Gracias por ser mi ángel.

A mis amigas, por ser cable a tierra. Gracias por estar en cada momento.

A mi compañero, quien fue abrazo y alivio en los peores y mejores momentos de este arduo andar. Gracias por ser sostén.

A mi docente responsable, Silvana, de quien tuve el honor de ser alumna y estuvo dispuesta desde el primer momento a acompañarme y orientarme en este trayecto final. Gracias por tu dedicación y tiempo.

A la Facultad de Psicología, perteneciente a la Universidad Nacional de Rosario, me siento orgullosa de haber podido transitarla. Gracias por permitirme cumplir el deseo de formarme como Psicóloga.

Índice

Resumen.....	2
Introducción.....	3
Desarrollo.....	5
Deconstruyendo la equivalencia mujer = madre.....	5
El mito del instinto maternal: ¿ejerce presión social sobre las mujeres?.....	7
¿Feminidad = maternidad?.....	9
Elegir desde el deseo.....	12
Reflexiones finales.....	14
Referencias bibliográficas.....	15

Resumen

El presente Trabajo Integrador Final, escrito bajo la modalidad de ensayo, aborda una articulación entre el psicoanálisis como pilar fundamental del recorrido académico realizado y la maternidad como interés personal. El proceso de construcción social de la maternidad supone la generación de mandatos que tienen que ver con formas de ejercer la maternidad encarnados en los sujetos, en las instituciones y que más tarde, son reproducidos en los discursos. Uno de los mitos más conocidos en relación a la maternidad es el del instinto materno. La hipótesis de este Trabajo Integrador Final es que el mito del instinto maternal ejerce una presión social sobre las mujeres. Considerar su existencia permite considerarlo como algo violento hacia la mujer, porque es sinónimo de que no hay nada que aprender, nada que preguntar, porque se sabe qué hacer naturalmente con ese bebé. Sin embargo, las prácticas en torno a las maternidades demuestran que existen diversas formas de ser madre, que su ejercicio no es homogéneo y que asimismo están quienes no desean tener hijos/as. Esas mujeres serán condenadas de una u otra forma, como también lo serán aquellas que no cumplan con una buena maternidad. Desde el psicoanálisis no se habla de instinto o amor maternal, por lo cual la maternidad quedaría ligada indefectiblemente al campo del deseo. El objetivo principal es repensar la idea de que la mujer se realiza como tal al ser madre, para que puedan emerger otros deseos e intereses propios que no correspondan sólo con matenar.

Palabras clave: maternidad - presión social - deseo - mitos - instinto materno. 2

Introducción

En mi ciudad natal vivían una mujer y su hija, que caminaban dormidas. Una noche mientras el silencio envolvía al mundo, la mujer y su hija caminaron dormidas hasta que se reunieron en el jardín cubierto de velo de niebla. Y la madre habló primero: Al fin -dijo- Al fin puedo decírtelo, mi enemiga. A ti que destrozaste mi juventud y que has vivido edificando tu vida en las ruinas de la mía. Tengo deseos de matarte. Luego la hija habló en estos términos: Oh mujer odiosa, egoísta y vieja. Te interpones entre mi libérrimo ego y yo. Quisieras que mi vida fuera un eco de tu propia vida marchita. Desearías que estuvieras muerta. En aquel instante, cantó el gallo y ambas mujeres despertaron. ¿Eres tú tesoro? -dijo la madre amablemente. Sí soy yo madre querida- respondió la hija con la misma amabilidad.

Khalil Gibran, Las sonámbulas (Muñoz,2009).

Comenzar con esta poesía de Khalil Gibran permite metaforizar la naturaleza con la que está arraigada el significante maternidad en nuestra sociedad. El proceso de construcción social de la maternidad supone la generación de mandatos que tienen que ver con formas de ejercer la maternidad encarnados en los sujetos, en las instituciones y

que más tarde, son reproducidos en los discursos. De allí se desprende la producción de estereotipos dirigidos a mujeres. De esta manera, la mujer debe asumir determinadas formas de conductas impuestas, es decir, debe ajustarse a pautas culturales que generalmente tienden al mantenimiento de un tipo de sociedad y no a la satisfacción de sus propias necesidades, sus propios intereses.

En relación a esto, se pretende en el presente ensayo interrogar la ecuación mujer = madre. Sigmund Freud en *Proyecto de Psicología para neurólogos* (1895) es quien resalta que no es sin auxilio ajeno que se da la primera vivencia de satisfacción. El organismo en su inermidad inicial necesita de un Otro que lo aloje y cobije en una relación de cuidados, para luego constituirse como sujeto.

Entonces, si son esos Otros los que nos reciben, nos nombran y de esta manera, nos introducen al mundo: ¿Tiene que ser la mujer la única capaz de llevar a cabo esa función?. Tal como dice Mirta Videla en su libro *Maternidad: Mito y realidad* (1990) haciendo alusión a que todo queda a cargo casi exclusivamente de la mujer, si ella a la vez quiere desempeñarse en otras tareas, deberá realizar dos trabajos a la vez, uno rentado y el otro gratuito.

En la actualidad el ideal de la realización de la mujer vía la maternidad parece, en algunos casos, seguir vigente aunque no de la misma manera que lo estaba en décadas anteriores.

Ávila (2004) en su texto "Desarmar el modelo mujer = madre" afirma que cuando se procede de una cultura muy permeada por la ideología de la figura mítica de la maternidad, en donde la maternidad se interpreta como una relación de amor incondicional de las madres a los/as hijos/as, nos resulta muy difícil aceptar la idea de que en otras formaciones sociales, la maternidad no se conciba y practique de la misma manera.

Por lo tanto, es hora de que como sociedad se comience a naturalizar que los sentimientos maternos pueden ser ambivalentes, validando las emociones presentes en las madres y dando lugar a que puedan ponerlas en palabras, sin sentirse juzgadas sino sostenidas para que ellas a su vez puedan sostener física y emocionalmente a su bebé.

Es por eso que se abordará uno de los mitos sociales de la maternidad para poder cuestionarlo, el del instinto materno. Estos mitos son sociales, en la medida en que constituyen un conjunto de creencias y anhelos colectivos que ordenan la valoración social que la maternidad tiene en un momento dado de la sociedad.

3

Sin embargo, las prácticas en torno a las maternidades demuestran que existen diversas formas de ser madre, que su ejercicio no es homogéneo y que asimismo están quienes no desean tener hijos/as. Estas mujeres serán condenadas de una u otra forma, como también lo serán aquellas que no cumplan con una buena maternidad.

El objetivo principal es repensar la idea de que la mujer se realiza como tal al ser madre, para que puedan emerger otros deseos e intereses propios de las mujeres que no correspondan sólo con matenar.

Desarrollo**Deconstruyendo la equivalencia mujer = madre.**

Ana Maria Fernández (1993) plantea que para poder abordar la noción de maternidad entran en juego fuerzas sociales que operan en la subjetividad de las mujeres

y que podrían ser analizadas a través de lo que se denomina los “mitos” sociales de la maternidad. Uno de los más conocidos es el de instinto materno, mito sólidamente arraigado en nuestra cultura que sostiene que al convertirse en madre, la mujer encontraría en la maternidad todas las respuestas así como también su realización en mujer. Como si se tratara de una actividad automática y necesaria que sólo espera la oportunidad de ejercerse y que a su vez, predispone a las mujeres para ser “buenas” madres. La autora aporta una definición:

En la concepción naturalista de la que participan las creencias colectivas, pero también se inscriben muchos discursos científicos sobre la Mujer, se encuentra la noción de instinto como lo que guiará a la madre para encontrar las conductas adecuadas que le permitirán resolver aquellas cuestiones -todas las cuestiones- referidas a la crianza de los hijos o que la relación con el hijo le plantee. Un instinto es un saber-hacer heredado genéticamente. (Fernández, 1993, p.170)

Fernández expresa la idea mujer = madre por la cual se sostiene que la maternidad es la función de la mujer y es por ella que la mujer alcanza su realización y adultez (1993). Pero, ¿es lo mismo ser madre que parir un/a hijo/a?

Ser madre no es solo parir. Esto nos permite hacer una distinción entre lo que sería parir un hijo desde lo biológico y el hecho de convertirse en madre. “Concebir y traer al mundo un nuevo ser, es un hecho biológico; convertirlo en el ideal y rol exclusivo de las mujeres es cultural” (Torres Zambrano, 2020, p. 1)

Simone De Beauvoir fue la primera feminista en señalar la maternidad como atadura para las mujeres, al intentar separarla de la idealización que colabora a mantenerla como único destino femenino. En su libro *El segundo sexo* (1949) alude que la maternidad no es el único destino de las mujeres ni el más privilegiado sino que es una opción entre tantas otras. Cuestiona el ideal materno de amor puro y sagrado así como también la noción de instinto materno.

Al hablar de la maternidad como discurso dominante, la autora reinterpreta el cuerpo materno indicando que no es un cuerpo biológico, más bien se trata de un cuerpo cuyo significado biológico se produce culturalmente al inscribirlo en los discursos de la maternidad, que postulan a la madre como sujeto, para negar de esta forma a las mujeres. Linda M. G. Zerilli en su capítulo “Un proceso sin sujeto: Simone De Beauvoir y Julia Kristeva, sobre la maternidad” (1996) expresa que De Beauvoir para ello presenta una descripción del cuerpo materno que desnaturaliza lo natural, transformando la maternidad en una expresión extraña y antinatural y desplegando la posibilidad de que el deseo femenino sea más complejo de lo que suponen los discursos dominantes. El deseo femenino no es maternal ni antimaternal, sino que es ambivalente, contradictorio, siendo la ambigüedad la característica de la maternidad.

Zerilli (1996) plantea:

Puesto que escribía en el contexto de una sociedad que equiparaba -y continúa haciéndolo- la capacidad reproductora con la función social, Beauvoir tenía que cortar, en primer lugar, las conexiones supuestamente naturales entre ser mujer y ser madre, y entre ser una madre y estar satisfecha y realizada. Cuestionando el saber tradicional de que «el embarazo es un proceso normal» que «no es peligroso» y que en algunas ocasiones hasta puede ser «benéfico» para la madre, Beauvoir escribe que en contraposición a una imagen optimista que tiene una utilidad social demasiado obvia, la gestación es una tarea fatigadora que no tiene un beneficio individual para la mujer sino que, por el contrario, requiere pesados sacrificios. (p.170)

En el libro *Género, psicoanálisis, subjetividad* de Burin y Bleichmar (1996) las autoras plantean que la diferencia entre mujeres y varones no solo genera diferencias

entre los géneros sino que esas diferencias implican desigualdades y jerarquías entre ambos. Esta noción de género suele ofrecer dificultades cuando se lo toma como un concepto totalizador, que imposibilita ver la variedad de determinaciones con las que nos construimos los sujetos: razas, religión, clase social, etc. Todos éstos son factores que se entrecruzan en la construcción de nuestra subjetividad. Entonces el género jamás aparece en su forma pura, sino entrecruzado con otros aspectos determinantes de la vida de las personas.

Si hablamos de la subjetividad de las mujeres, ella quedó centrada en los roles familiares y domésticos. Generalmente, se les atribuyen roles pasivos, de cuidado de los otros, de más sensibilidad. Se espera que sean madres y esposas y se remitan al ámbito de lo privado. Son empujadas a la esfera doméstica, asignándoles allí la misión de la reproducción biológica (Fernandez Boccardo, 2012), misión que no solo se estructura como un deber sino que se instala de modo tal que la mujer la asuma como su propio deseo. Esto permite pensar en una doble imposición social: siendo mujer, tu destino inevitable es reproducir, pero también encontrar allí en el ser madre, la felicidad toda. Es decir, el sostenimiento del mito del instinto maternal, predestina a las mujeres a ser madres para que posteriormente se dediquen con prioridad al cuidado de los/as hijos/as, resaltando que no se encuentra ningún correlato equivalente en el caso del varón.

El problema de asociar a las mujeres con lo natural y a los hombres con lo cultural dice Lamas (s.f.) es que cuando una mujer no quiere ser madre ni ocuparse de la casa, o cuando quiere ingresar al mundo público, se la tacha de "antinatural" porque "se quiere salir de la esfera de lo natural".

Autoras como Young-Eisendrath (1996) subrayan el peso de la maternidad, refiriendo que dicha tarea es demasiado grande para una sola persona, inclusive suponer todo el peso de la maternidad sobre la mujer se convierte en una injusticia y automáticamente la coloca en desventaja como grupo social, por el poco apoyo social y las barreras a las cuales se enfrentan, al complejizar la satisfacción de las necesidades personales y relacionales de las mujeres.

Ahora bien, ¿Se podría plantear que la feminización de los cuidados afecta el deseo de ser madre?.

Si bien se puede decir que estas funciones se han ido modificando con el transcurso del tiempo, por ejemplo que ahora las mujeres puedan formar parte del ambiente laboral, nos encontramos ante cierta paradoja: "La mujer trabaja, si se acepta, debido a que es capaz de producir. Pero la maternidad, la crianza y la educación siguen también siendo sus roles" (Videla, 1990, p. 192). Es decir, todo queda a cargo casi exclusivamente de la mujer, que si a la vez quiere desempeñarse en otras tareas, deberá realizar dos trabajos a la vez. En este sentido, Ana María Fernández sostiene:

Si bien las mujeres avanzan adquiriendo nuevos espacios sociales, lejos estamos de la igualdad de los géneros sexuales. Lo que quiere subrayarse no es una hipotética igualdad conseguida, sino cierta transformación en la imaginación colectiva que permite que la discriminación no esté oculta. (1993, p.28)

Winnicott (1956) plantea que las funciones de la maternidad se basan en el paso de la mujer por una condición que denominó "Preocupación maternal primaria", la cual se manifiesta durante el embarazo y dura unas semanas después del nacimiento. Para el autor, esta preocupación primaria podría ser considerada como una enfermedad si no fuera por la existencia del embarazo. En este proceso es necesario aumentar la sensibilidad para conectarse con las necesidades de su hijo/a, incluso olvidando satisfacer las necesidades propias. Contrariamente, las creencias culturales han sobrecargado de tal manera el rol de madre, que se amplía el tiempo y la intensidad de la preocupación materna a todos los momentos de la crianza. Según esta postura, las madres deberían priorizar las necesidades y demandas de sus hijos/as antes que las

propias. Pero, ¿por qué las mujeres estarían dispuestas a sacrificar “mucho” para satisfacer a sus hijos/as?

Marie Langer (2002) en una conferencia pronunciada en 1984 titulada “Caí en idealizar la maternidad” responde a aquella pregunta sobre el sacrificio que realiza la mujer al priorizar a sus hijos/as. Dice que la mujer cree que si el/la niño/a tiene algún problema, la culpa es suya porque trabaja y no se dedica al famoso vínculo madre-hijo/a toda la vida. Y en el trabajo, ¿quién no fracasa a veces en él?, ¿quién no va a veces con desgano? Pero a las mujeres, la mala conciencia les hace sostener la convicción de que eso les pasa porque hacen demasiadas cosas, porque hacen más cosas de las que deberían. Y ahí aparece un conflicto con el ideal del yo, con el modelo ideal de madre y de mujer, como una supone que debería ser. Que las mujeres sean las portadoras de la descendencia humana puede ser un hecho, pero eso no las obliga a entregarse al cuidado, protección, educación y responsabilidad que exige dicha relación. Sin embargo, se les exige una y otra vez a las mujeres en general y a las madres en particular, que den un paso al costado y se olviden de sí mismas.

Retomando las palabras del poeta Gilbrán (Muñoz, 2009) la voz de la madre expresa estos sentimientos reprimidos: “Al fin -dijo- Al fin puedo decírtelo, mi enemiga. A ti que destrozaste mi juventud y que has vivido edificando tu vida en las ruinas de la mía. Tengo deseos de matarte” (p. 1). Esta poesía que posibilita metaforizar la naturaleza con la que está arraigada el significante maternidad en nuestra sociedad, permite plantear que si bien la maternidad para algunas mujeres sí constituye un deseo y la alcanza a su realización, no se puede negar que incluso en ellas se podrían presentar pensamientos negativos al respecto de su condición de madres, los cuales pueden ser silenciados por su deseo de aprobación.

El mito del instinto maternal: ¿ejerce presión social sobre las mujeres?

Interrogar de esta forma el fenómeno de la maternidad permite plantear la oposición entre naturaleza y cultura.

Al descomponer lo biológico y lo cultural, se puede ver que en conjunto naturalizan estereotipos en detrimento de la mujer, pero que en dimensiones separadas demuestran que lo biológico no determina la maternidad como deseo esencial de las mujeres. “En este sentido, si bien la maternidad supone ciertos datos biológicos innegables, es vivida, en términos colectivos y también subjetivos, desde la oscuridad de las tradiciones y las costumbres” (Palomar Vereá, 2004, p. 3)

Se considera significativo destacar la trascendencia que tienen los estereotipos, señalamientos y otras estrategias discursivas dirigidas hacia las mujeres sin hijos/as que se expresan en el discurso común de la sociedad. En cuanto al discurso común, Avila (2004) señala que la presión social puede apreciarse como comentarios o representaciones que se dirigen a conductas consideradas transgresoras del patrón cultural. Es decir, que la maternidad como práctica real o como posibilidad es algo que a toda mujer se le plantea en algún momento de su proceso vital, si bien de diversas maneras.

La presión social se manifiesta a través de comentarios o recomendaciones que son muy diversos, como por ejemplo: “¿Para cuando los/as hijos/as?”; “Si no tenes hijos/as, te vas a arrepentir”; “Tenés que experimentar esa etapa de la vida”; “No esperes mucho tiempo para ser mamá”. Expresiones de este tipo son usadas con frecuencia para emplazar a las mujeres a dar cumplimiento a un mandato que establece que su principal rol, se define sólo si consiguen y persiguen la maternidad como proyecto de vida, un mandato que se perfila como exclusivo y generalizador de todas las realidades.

Debido a esto, muchos de los pensamientos, sentimientos y realidades comunes antes, durante y después del embarazo, no son verbalizados por las mujeres porque no son los sentimientos que se esperan de las madres o que ellas esperaban tener, lo cual las conduce a no manifestar lo que les sucede por el peso social que significa no mostrarse sacrificada y amorosa frente a la tarea. De esta manera, a las mujeres las

7

atravesan una multiplicidad de presiones, mandatos, obligaciones y exigencias en torno a sus cuerpos y proyectos. La repetición de estas valoraciones llegan al punto de ocultar las verdaderas emociones de la madre.

No se debe dejar de mencionar que las publicidades y los medios de comunicación suelen difundir una imagen idealizada de la maternidad. Tal como menciona Videla (1990) no solo muestran “hermosas y estilizadas mujeres gestantes” rodeadas de confort, amor y atención sino también familias compuestas por mujeres hermosas con hijos/as bellos/as y sanos/as. Nos muestran una imagen idealizada de familia inexistente, para que aspiremos a ella y adquiramos paralelamente el producto que nos ofrecen. Se construyen así ideales sobre una maternidad que debe ser única y perfecta, incapaz de alojar la diversidad de experiencias maternas.

De esta manera se difunden discursos tradicionales sobre la maternidad donde es entendida como mandato, destino ineludible, fuente de felicidad, acto de amor y espacio simbólico de realización plena para todas las mujeres.

Esta cuestión permite pensar que aunque las mujeres se den cuenta de que no quieren ser madres, se enfrenten a diversas dificultades para poder exteriorizarlo. Orna Donath (2016) en su libro *Madres arrepentidas: una mirada radical a la maternidad y sus falacias* expone que una sociedad que entiende a la no maternidad como algo peligroso y lamentable dota de un marco que restringe la vida de las mujeres aún cuando su experiencia subjetiva de la no maternidad puede llegar a trascender ese razonamiento.

Esta autora también plantea que:

La combinación de patriarcado -que incita a la maternidad- y el capitalismo -que incita a «progresar» constantemente en el espíritu del «mercado libre»- crea nuevamente un binomio que no deja espacio para que las mujeres sean consideradas por los demás -también por sí mismas- como seres humanos capaces de determinar con autonomía cuál es el sentido de su vida -sin relacionarla necesariamente con la maternidad o con una carrera profesional- o incluso de dictaminar que el sentido de la vida es que no lo hay en absoluto. (Donath, 2016, p. 131)

El ideal de la maternidad presentado como una experiencia universal y natural para las mujeres, no da lugar a las posibles diferencias individuales en relación a lo que cada una quiere ser y desear.

Generalmente, a las mujeres se las alienta desde el nacimiento a que desarrollen habilidades de cuidado y protección. De a poco, se va transmitiendo la idea de que ese es el rol que deben desempeñar, como ser serviciales, sensibles, intuitivas y que es el cuidado de los demás, especialmente de los/as hijos/as, lo que dará sentido a su experiencia. Según este modelo de mujer = madre ejemplar, las funciones sociales de las mujeres no son más que un componente decisivo de su naturaleza, su destino, siendo que el adiestramiento de la virtud de la mujer cierra con la maternidad, como si se tratara de un punto máximo de llegada. En la cultura de la madre idealizada, las creencias llevan implícita la identificación entre mujer y madre, la maternidad es el objetivo central en la vida de las mujeres y la naturaleza femenina es condicionante de la maternidad.

La maternidad ha sido exaltada y mitificada, social y culturalmente para reducir a la mujer a una única función: la maternal. Ahora bien, estos mitos se fueron haciendo cada vez más fuertes y es por esta razón, que las mujeres que no desean ser madres no se sienten comprendidas.

Palomar Vereá (2004) en su texto "Malas madres": la construcción social de la maternidad" señala que el ideal de género que se ha fabricado culturalmente para crear el mito de la mujer = madre, basado en la creencia del instinto maternal, en el amor materno y en el sacrificio y la entrega de la mujeres a la maternidad da como resultado una categoría y es el de "buenas madres". Es decir, aquellas mujeres que se ajustan a dichos ideales. En contraposición, las "malas madres" son aquellas mujeres que no cumplen con los recientemente nombrados ideales de la maternidad socialmente construidos.

8

Si bien la maternidad no puede ser evaluada a partir de categorías como "bueno" o "malo" debe ser pensada como la tarea social de reproducción de los sujetos sociales que, por lo tanto, no puede estar solamente en manos de las mujeres, quienes, por otra parte, pueden o no tener las aptitudes, deseos o habilidades para criar sujetos capaces de convertirse en ciudadanos plenos. (Palomar Vereá, 2004, p. 10)

Mabel Burin en un artículo titulado "Madre asfixiada" (2015) habla sobre la frustración que sienten algunas mujeres frente a la maternidad, al no poder cumplir con ese ideal materno.

Hoy en día, se observa una continuación de la creencia de que la maternidad constituye una de las máximas vivencias de satisfacción que puede tener una mujer. Sin embargo, se advierte que existen mujeres que poseen ciertas inquietudes respecto a la maternidad. Por ejemplo, mujeres que han tenido otras experiencias gratificantes previas al nacimiento de sus hijos, como viajar o tener independencia de movimientos para trabajar, se sienten frustradas debido a que para atender las necesidades de sus hijos/as, deben postergar sus propias necesidades a menudo hasta límites difíciles de soportar. Incluso, existe la posibilidad de que algunas decidan directamente no ser madres y que eso provoque el cuestionamiento de su entorno. El proceso de decidir no ejercer la maternidad no responde a una única causa. Existen una diversidad de condicionantes que se van relacionando y que cada mujer experimenta de una manera singular. Es quizá en un escenario, de igualdad y justicia social, que las mujeres podrían ver que ejercer la maternidad puede no ser una pérdida de su propia individualidad. Porque no son las desobedientes del mandato de maternidad quienes están falladas: es el propio mandato el que no tiene sustento en la realidad y las oprime, debido a que el sostenimiento de los mitos le niega a las mujeres la posibilidad de generar una identidad por fuera de la función materna.

De ahí la necesidad de que se puedan deconstruir estos ideales en relación a la maternidad, que permita repensar a la mujer desmarcándola de un destino solamente determinado por la maternidad, para poder abrir un espacio donde se pueda resituar la maternidad en relación a la dimensión del deseo opuesta a una identidad que no puede sino ser mítica. La propuesta que realiza Ana María Fernández (1996) en su capítulo "De eso no se escucha: el género en psicoanálisis" invita a deconstruir ciertas categorías conceptuales. "La deconstrucción posibilita en tanto desnaturaliza patrones de significado que son utilizados diariamente y que los cuerpos teóricos incorporan sin advertir sus implicancias epistémicas y políticas" (p. 154)

Mediante estas conceptualizaciones se puede observar que la ecuación mujer = madre no responde a ninguna esencia sino que es un mandato producido por nuestra cultura que sigue identificando a la mujer con un rol específico. Sin embargo, es evidente que son ellas mismas las que están abriendo nuevos interrogantes y cuestionando los discursos dados, para poder repensarlos desde otro lugar, teniendo en cuenta lo que desean y no lo que les impusieron.

¿Feminidad = maternidad?

Marie Langer despegó de los conceptos freudianos que poco habían abordado lo femenino, tal como lo remarcó en su primer libro publicado en 1947, *Maternidad y sexo*. Esta autora hace un recorrido por los postulados freudianos, explicitando que Freud expone el resultado de sus investigaciones sobre el desarrollo de la niña hasta entrar en la fase edípica, la importancia que tiene para ella su falta de pene y las consecuencias caracterológicas posteriores de esta supuesta "falla".

Es importante aclarar que es el mismo Freud el que menciona que la sexualidad femenina es difícil de abordar, por lo tanto sus conclusiones no tienen un carácter acabado.

En 1924, Freud publica *El sepultamiento del Complejo de Edipo*. Allí teoriza sobre el complejo de Edipo en el varón, toma a éste como referencia para luego

9

compararlo con lo que sucede en la niña. Recién en 1931, en su texto *Sobre la sexualidad femenina* Freud dedica su atención al problema del desarrollo sexual femenino. Y amplía sus conceptos en una conferencia llamada *La Femenidad* (1932).

El comportamiento sexual es idéntico para los dos sexos durante los primeros años de vida. Además, en este artículo Freud (1932) llama por primera vez la atención sobre un hecho fundamental: tanto el varón como la niña dirigen sus impulsos libidinosos hacia el mismo objeto: la madre o un sustituto de ella, la mujer que los cuida y atiende. Pero mientras que para el varón el sexo de su primer objeto de amor coincide con el que normalmente lo atraerá toda la vida, o, expresado en términos más sencillos, ama desde el primer momento a la mujer, que para él será más tarde un objeto heterosexual, la niña habrá de desligarse de su madre para dirigirse al padre y crear así el modelo infantil para su elección heterosexual posterior. La niña deberá entonces, según lo planteado por Freud, hacer un rodeo vía el padre para poder alcanzar su destino femenino normal.

Es así, que la niña debe sobrellevar tres cambios importantes en su estructura libidinosa para cumplir un desarrollo normal. Debe abandonar a su madre por su padre, desplazar la mayor parte de la excitabilidad del clítoris hacia la vagina y transformar sus fines sexuales activos en pasivos. Ahora bien, la niña por la visión de los genitales del otro sexo, se siente perjudicada y a menudo expresa que le gustaría tener algo así también. De esta manera, es como cae presa de la envidia del pene. A partir del descubrimiento de su castración se abren tres orientaciones del desarrollo para la niña.

La inhibición de la vida sexual para Freud lleva a la neurosis. La niña renuncia a la satisfacción masturbatoria del clítoris y desestima su amor por la madre que suponía fálica y que ahora puede abandonar.

En el complejo de masculinidad, la niña se rehúsa a aceptar su condición de castrada, no se produce el viraje hacia la pasividad propio de la femineidad, y se produce la identificación con la madre fálica o con el padre.

La femineidad normal para Freud implicaría la sustitución del deseo de pene por el deseo de hijo a través de la equivalencia simbólica. La niña ingresa al complejo de Edipo y la hostilidad hacia la madre se refuerza en tanto rival. La sexualidad freudiana normal se ubica en la vía de la maternidad.

El tercer camino que la niña puede elegir y que nos interesa es la configuración femenina. Freud nos menciona (1931, p. 231-232) "sólo un tercer desarrollo que implica, sin dudas, rodeos, desemboca en la final configuración femenina que toma al padre y así halla la forma femenina del complejo de edipo". Es decir, la niña transfiere hacia el padre su demanda fálica y el hijo se sitúa como equivalente del falo. "La situación femenina solo se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo, y entonces, siguiendo una antigua equivalencia simbólica, el hijo aparece en el lugar del pene" (Freud, 1932, p. 119)

Retomando las ideas de Videla (1990) para Freud todo lo referido al tema de la sexualidad de la mujer era un enigma puesto que él mismo reconoce el límite de sus elaboraciones y deja planteadas preguntas para futuras investigaciones. ¿Se podría pensar que la postura freudiana plantea que la maternidad es un sustituto de la sexualidad en la medida en que el deseo de tener un hijo funciona como un sustituto de la envidia de pene, del deseo de tener un pene como lo tiene el varón?

Silvia Tubert (1996) señala que la mayor parte de las culturas, en la medida en que se trata de organizaciones patriarcales identifican la feminidad con la maternidad. Esto es porque a partir de la capacidad reproductora de las mujeres, se instala un deber ser, cuya finalidad es el control no sólo de la sexualidad sino también de la fecundidad de aquellas. Lo cual no se trata de una cuestión explícita, sino de un conjunto de estrategias y prácticas discursivas que al definir la feminidad, la construyen y la limitan, de una manera que la mujer queda desaparecida tras su función materna.

Como se menciona, todavía persisten antiguos mandatos culturales que insisten en que desear un/a hijo/a es parte constitutiva de la identidad femenina, generando un gran impacto en todas las mujeres. Por esta razón se puede pensar que si bien la sociedad de hoy en día, manifiesta legitimar la decisión individual de no ser madre, lo

10

cierto es que las dinámicas cotidianas no acaban de aceptarla con total naturalidad como una opción más, igualmente válida. Se produce así la ecuación mujer = madre a la que se ha hecho mención y de la que a menudo resulta más que complicado, sino imposible, escapar, según la cual la mujer requiere de la identidad materna para su plena realización. En este sentido, se propone buscar otros/as autores/as que vean de un modo distinto la maternidad para deconstruir la equivalencia mujer = madre.

Mirta Videla (2020) asegura que la maternidad no es un instinto como el de hembras de otras especies, sino un sentimiento de mujeres humanas que se produce en relación a sus propios deseos. Esta idea permite ir avanzando hacia nuevas posibilidades, para hablar y sentir la maternidad humana sin mitos culpabilizantes, con menos prejuicios, dejando atrás concepciones teóricas que han sido heredadas de supuestos instintos enajenantes de las potencialidades de las mujeres.

Concluyendo digo que no hay instinto maternal ni instinto filicida, porque las mujeres somos seres sensopensantes, con derecho al pleno, libre y gozoso ejercicio de nuestra sexualidad, plena del erotismo que cada una posee, donde en algunas circunstancias podremos desear el ser madres. (Videla, 2020, párr. 28)

Esto permite poner en entredicho lo que se sostuvo durante mucho tiempo, a saber, que la mujer sea colocada del lado de la naturaleza y el hombre del lado de la cultura, basándose en el hecho de que la maternidad se localiza en el cuerpo de la mujer. Es decir, la mujer ha quedado históricamente atada a su destino biológico en su condición de ser un cuerpo gestante y, en función de ello, una futura madre.

En la misma dirección, Tubert (1996) plantea que no es posible sostener la existencia de una función natural que se pueda ejercer como tal de manera universal y ahistórica, de acuerdo con un instinto o esencia de la mujer. La maternidad no es puramente natural ni exclusivamente cultural; compromete tanto lo corporal como lo psíquico, consciente e inconsciente.

En la actualidad, se puede pensar que el orden de prioridades de las mujeres está siendo alterado debido a cambios que tienen que ver con su creciente inserción en el ámbito público por medio de los estudios, el trabajo remunerado y la participación política. Estos cambios les abren a las mujeres otras opciones de reconocimiento. Por lo tanto, maternidad y feminidad parecen estar unidas inexorablemente y sin embargo, no es exactamente así. Lo que se pretende señalar es que la elección de la maternidad es una

ruptura con los estereotipos y los mandatos establecidos. Es por esto, que se requiere una nueva mirada que permita que las mujeres que así lo desean, puedan construir sus proyectos de vida excluyendo de manera voluntaria la maternidad sin ser juzgadas y estigmatizadas socialmente.

Por lo tanto, habrá que pensar a la maternidad más como una función social que como un fenómeno natural inherente a las mujeres y adscrito a su sexo biológico. Alexandra Kohan en su artículo llamado “La maternidad en cuestión: ¿nuevos debates?” expone:

La maternidad -al igual que la feminidad- no tiene nada de natural. Cada mujer encuentra su modo y cada solución es singular. En ese sentido, hacerla pasar por natural no hace sino velar la escisión fundamental que existe entre la maternidad y la feminidad, el modo en que se relacionan; velar lo que de cultural, histórico, ideológico y artificial tiene. (Kohan, 2019, p. 63)

Estos cambios parecen estar rompiendo con la idea de que existe una identidad femenina única y universal, basada en características naturales y roles sociales específicos, tales como la procreación, la crianza y el cuidado de los/as hijos/as. De este modo podría decirse que la maternidad ocupa un lugar central en la vida de algunas mujeres, mientras que para otras no es el eje que ordena y da sentido a sus vidas.

11

Elegir desde el deseo.

El resultado que supone el sostenimiento de los mitos, arraigados aún en la sociedad, es una maternidad idealizada como el horizonte supremo de deseo de cada mujer, el cual invisibiliza, ignora e incluso romantiza los compromisos y las tareas propias de la experiencia. A su vez, vulnera el desarrollo personal y el disfrute propio de los intereses de las mujeres, incluso sus deseos sexuales. Esto permite decir que el deseo de las mujeres, no es tenido en cuenta.

Se ha intentado adaptar a las mujeres a un ideal maternal asexuado, carente de deseo y de hostilidades, para adecuarla a una perfecta relación filial que debe cumplir a la perfección si no desea ver peligrar su feminidad y su aceptación social. (Saletti Cuesta, 2008, p. 177)

Pero, ¿existe alguna forma de resignificar la maternidad y el deseo femenino? Se propone, de esta manera, destacar y valorar la multiplicidad de experiencias maternas, comprendiendo que se trata de construcciones culturales, sociales e históricamente situadas, que son singulares y que no admiten grandes generalizaciones ni relatos totalizantes. La maternidad es un tema complejo que no puede ser reducido solamente a lo cultural o, en su defecto, a lo biológico, sino que se entreteje con el nivel del inconsciente y por tanto del deseo.

Desde el psicoanálisis no se habla de instinto o amor maternal, por lo cual la maternidad quedaría ligada indefectiblemente al campo del deseo. Bleichmar (2014) en su libro *Las teorías sexuales en psicoanálisis* sostiene que la argumentación previa sobre el deseo como rector de la reproducción humana, se sostiene en la pertinente disociación entre procreación y sexualidad. La sexualidad humana por su parte no es reductible a la genitalidad ni a ciclos biológicos como la animal, sino que está regida por movimientos deseantes.

El deseo de hijos no es ni constante ni universal. Algunas quieren, otras ya no quieren y finalmente hay otras, que no han querido nunca. Desde que existe la posibilidad de

escoger, existe la diversidad de opciones y ya no se puede hablar de instinto o de deseo universal. (Badinter, 2011, p. 19)

Lo que se propone es una aproximación a la discusión sobre la maternidad como experiencia ineludible de las mujeres y como discurso hegemónico, que bien puede transformarse teniendo en cuenta las experiencias de las maternidades divergentes. Estos discursos emergentes resignifican las designaciones impuestas a las mujeres, dando lugar a una concepción de la maternidad como fuente de placer, conocimiento y poder. El rol exclusivo de madre, pierde centralidad en el discurso cuando se van incorporando otros valores asociados al desarrollo personal y disfrute de deseos propios, y una maternidad sobre la cual es posible decidir.

La sociedad patriarcal, ha anulado sistemáticamente la vida sexual de la mujer impidiendo que las funciones reproductoras se realicen movidas por el deseo materno. Sin embargo, las mujeres desde diversos lugares de acción, pero principalmente a través de los movimientos y organizaciones feministas han aportado gran valor a este proceso resignificador de la maternidad como destino exclusivo, dando lugar a lo emergente con un discurso que deconstruye el esencialismo determinista, para dar lugar a una identidad fuera de la función materna. Es decir, las diversas aportaciones del feminismo han colaborado en cuestionar los mandatos sociales que recaen sobre las mujeres.

“Después de siglos de control patriarcal, hemos de reconocer que se rompe, poco a poco, y una causa no poco importante es el acceso a la voz pública de las mujeres” (Rich, 2019, p. 20). Las voces de las mujeres en espacios políticos como los movimientos feministas vienen a ofrecer alternativas para la reconstrucción cultural del género femenino, su identidad y en el caso particular su experiencia de la maternidad.

12

Por lo tanto, es necesario repensar y deconstruir los ideales y las identidades que se han construido en relación a la subjetividad femenina y especialmente a la maternidad para poder pensar a la maternidad en términos de deseo y de elección, y no como destino ineludible.

Marie-Hélène Brousse (2020) en “Las mujeres y la Vida o la maldición de las reproductoras” afirma: “El punto esencial de la mutación de los discursos que adviene hoy en día es, sin duda, que la maternidad ya no recubre totalmente lo femenino; ya no lo agota” (p.22) “Hay entonces una inversión del orden. Si en el discurso tradicional hay primero madre y secundariamente mujer, hoy en día hay primero mujeres que pueden hacer la elección de la maternidad” (p.22).

La emergencia de caminos autónomos y polifacéticos por y para las mujeres, en contraposición a la idea limitada de la mujer en relación a la maternidad, son expresiones de una construcción identitaria donde la maternidad, no obtiene, salvo por elección, un carácter primario en la construcción de la identidad femenina, presentándose como una posibilidad más, pero donde puede haber otras. A esto se suma la incorporación de la autonomía y poder de decisión sobre sus propios cuerpos. Poder elegir con libertad debería poder estar al alcance de todas, lo cual permitiría que más mujeres puedan tener la oportunidad y el derecho de ser dueñas de sus decisiones, pero no sólo eso, sino también poder ser dueñas de su cuerpo y de su vida. A partir de tener en cuenta sus diferencias, se puede dar lugar a otras realidades posibles.

Por lo tanto, “no se trata, entonces, solamente de maternidad sí - maternidad no, sino de qué modo las mujeres deciden una vez que están en condiciones de decirle que no a la maternidad” (Kohan, 2019, p. 66) Así, el deseo femenino no sería maternal ni antimaternal sino ambivalente y contradictorio.

Aún así, es necesario que se siga trabajando para disolver la equivalencia mujer = madre, en una reconstrucción de la identidad de las mujeres y de esa manera reconozcan que no existe un único modelo de mujer.

Reflexiones finales

Lejos de llegar a una conclusión certera, la intención del presente ensayo es poner en entredicho la equivalencia mujer = madre.

El hecho de haberse sostenido durante mucho tiempo que la mujer sea colocada del lado de la naturaleza y centrada en los roles familiares y domésticos, permite pensar en una doble imposición social: siendo mujer, tu destino inevitable es reproducir, pero también encontrar allí en el ser madre, la felicidad toda. Esto produce que el ideal de la maternidad, presentado como una experiencia universal y natural para todas las mujeres, no dé lugar a las diferencias individuales en relación a lo que cada mujer desea y quiere ser.

Por lo tanto, el sostenimiento del mito del instinto maternal, predestina a las mujeres a ser madres para que posteriormente se dediquen con prioridad al cuidado de los/as hijos/as, resaltando que no se encuentra ningún correlato equivalente en el caso del varón. Se produce así la ecuación mujer = madre y de la que a menudo resulta más que complicado, sino imposible, poder escapar, según la cual la mujer requiere de la identidad materna para su plena realización.

A lo largo del desarrollo, siguiendo a autoras como Mirta Videla (2020), se pudo explicitar que la maternidad no es un instinto como el de hembras de otras especies, sino un sentimiento de mujeres humanas que se produce en relación a sus propios deseos. Esta idea permite ir avanzando hacia nuevas posibilidades, para hablar y sentir la maternidad humana sin mitos culpabilizantes, con menos prejuicios, dejando atrás concepciones teóricas que han sido heredadas de supuestos instintos enajenantes de las potencialidades de las mujeres.

Si bien aún persisten algunos antiguos mandatos culturales que insisten en que

desear un/a hijo/a es todavía parte constitutiva de la identidad femenina, las mujeres desde diversos lugares de acción, pero principalmente a través de los movimientos y organizaciones feministas han aportado un gran valor a este proceso resignificador de la maternidad como destino exclusivo, dando lugar a lo emergente con un discurso que deconstruye el esencialismo determinista, para dar lugar a una identidad fuera de la función materna.

Empezar a situar a la maternidad del lado de una construcción social para poder entenderla como una función y no como algo natural, permite tener en cuenta que hay distintas formas de ser madre, que ejercerla no es para todas igual y que también están quienes no desean serlo. "La mujer es una ilusión" (1993, p. 22) dice Ana María Fernández y es necesario deslindar la biología de ello, no sólo en el hecho de no determinar a las mujeres de sexo femenino a matinar, sino que hay otras formas de ser mujer igualmente legítimas.

De esta manera se podrán abrir espacios para sostener a la maternidad en relación a la dimensión del deseo opuesta a una identidad que no puede sino ser mítica. Aún así es necesario seguir abriendo nuevos interrogantes para continuar repensando y deconstruyendo los ideales y las identidades que se han establecido como mandatos en relación a la subjetividad femenina y especialmente a la maternidad, para poder finalmente pensarla en términos de deseo y de elección, y no como un destino ineludible.

Referencias bibliográficas

- Ávila, Y. (2004). *Desarmar el modelo mujer = madre* en Debate Feminista, Volumen 30, 35-54. <https://doi.org/10.22201/cieq.2594066xe.2004.30.1047>
- Badinter, E. (2011) *La mujer y la madre*. Ed. La Esfera de los Libros.
- Beauvoir, S. (1949). *El segundo sexo*. Ed. Siglo Veinte.
- Bleichmar, S. (2014) *Las teorías sexuales en psicoanálisis*. Ed. Paidós
- Brousse, M-H. (2020) *Lo femenino*. Ed: Tres haches.
- Burin, M. (Jueves, 5 de marzo de 2015) *Madre asfixiada*. <https://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-267391-2015-03-05.html>
- Burin, M., y Bleichmar, E. (1996) *Género, psicoanálisis y subjetividad*. Ed. Paidós.
- Donath, O. (2016). *Madres arrepentidas. Una mirada radical a la maternidad y sus falacias sociales*. Ed. Penguin Random House.
- Fernandez, A. M. (1993). *La mujer de la ilusión*. Ed. Paidós
- Fernandez, A. M. (1996). *De eso no se escucha: el género en psicoanálisis*. En *Género, Psicoanálisis, Subjetividad*. Ed: Paidós
- Fernandez Boccoardo, M. (2012) *Mujeres que callan: Violencias de género y efectos en la subjetividad femenina*. Ed: Entreideas.
- Freud, S. (1986). *Proyecto de psicología para neurólogos*. En *Obras completas Vol. I*. Amorrortu.
- Freud, S. (1992). *33° Conferencia: La feminidad*. En J.L. Etcheverry (Traduc) *Obras completas: Vol. XXII*. Ed: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1932)
- Freud, S. (1992). *Sobre la sexualidad femenina*. En *Obras Completas: Vol. XXI*. Ed: Amorrortu. (Trabajo

original publicado en 1931)

Kohan, A. (2019). *La maternidad en cuestión: ¿nuevos debates?* en Revista psicoanálisis en la Universidad N°3. Rosario, Argentina. UNR Editora.

Langer, M. (Jueves, 8 de agosto de 2002). *Caí en idealizar la maternidad.*

<https://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-8633-2002-08-08.html> Langer, M. (1985) *Maternidad y sexo*. Ed: Paidós.

Lamas, M. (s.f.) *La perspectiva de género*. En *Revista de Educación y Cultura de la sección 47 del SNTE*

<http://www.osplad.org.ar/generos/pdf/Perspectiva-Genero-Marta-Lamas.pdf>

Muñoz Colon, A. R. (2009). *Maternidad: significativo naturalizado y paradójico: desde el psicoanálisis hasta el feminismo.*

<https://revistas.upr.edu/images/psicologias/2009/A5.pdf>

Palomar Vereá, C. (2004). *“Malas madres”: la construcción social de la maternidad en Debate Feminista*, volumen 30, 12-34.

<https://www.pensamientopenal.com.ar/doctrina/49736-malas-madres-construccion-social-maternidad>

Rich, A. (2019). *Nacemos de mujer. La maternidad como Experiencia e Institución*. Madrid, España: Traficantes de sueños. Recuperado:

https://www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/map54_Rich_web_2.pdf

Saletti Cuesta, L. (2008). *Propuestas teóricas feministas en relación al concepto de maternidad*. En *propuestas teóricas feministas*. Clepsydra, 169-183. Tubert, S. (1996).

Figuras de la madre. Ed. Catedra

Videla, M. (1990). *Maternidad: Mito y realidad*. Ed. Nueva Visión.

Videla, M. (2020). *Procrear creando es maternidad* en *Actualidad Psicológica*. Volumen 501, 10-11.

Torres Zambrano, Y. (2020) *La Maternidad como ideal femenino, desde lo dominante, lo residual y lo emergente*. En *Perspectivas Revista de Ciencias Sociales* Volumen 9, 32-5.

15

Young-Eisendrath, P. (1966) *La Mujer y el Deseo*. Barcelona, España: Editorial Kairós.

Winnicott, D (1956). *Preocupación maternal primaria*. En *Escritos de Pediatría*. Ed: Laia.

Zerilli, L. M. G (1996) *Un proceso sin sujeto: Simone de Beauvoir y Julia Kristeva, sobre la maternidad*. En *Figuras de la madre*.

